

Universidad: el debate no está en cuarentena



 Ariel Weinman y Facundo Harguinteguy

Vivimos un momento inédito, saturado de incertidumbres. Mientras escribimos estas líneas no sabemos siquiera cuándo termina el aislamiento social, hasta dónde llegarán las consecuencias sociales o si al encontrar la vacuna el virus habrá mutado y el ciclo volverá a empezar. Lo que sí sabemos con catastrófica certeza es que estamos en medio de una crisis de colosal dimensión. Una crisis profunda, compleja, sistémica, multidimensional. ¿Y qué es una crisis si no un momento de intensificación de las disputas y de exacerbación de los antagonismos preexistentes? El llamado “ejército invisible de los COVID-19” no ha sembrado la crisis, simplemente la está cosechando. Está claro que el virus no ha inventado la desigualdad social sino que ha expuesto brutalmente el hambre y la fragilidad de la vida de los desheredados; no es el causante de la violencia de género, en todo caso la ha exhibido e incrementado; no ha saturado los sistemas de salud sino que ha revelado drásticamente el agotamiento de un mundo que organiza hasta lo más esencial para la reproducción de la vida en función de la ganancia; no ha esparcido el desasosiego en nuestras vidas sino que ha evidenciado un mundo que tiene como único proyecto ofrecer la “mejora” de la capacidad de consumo. La crisis, como un relámpago que por un instante expone los hilos de la calamidad, ha desnudado el dislate del ordenamiento mundial.

¿Cómo ser y hacer universidad en este contexto? ¿Qué relevancia pueden tener los procesos de aprendizaje, extensión y construcción de conocimiento en plena crisis? ¿Cómo profundizar miradas capaces de cuestionar los cimientos de un sistema que incrementa la desigualdad? ¿Sólo debemos redistribuir mejor esta educación, esta ciencia y esta tecnología? ¿O debemos paralelamente construir todo eso de otro modo para una sociedad distinta de la actual? Las búsquedas de respuestas a estos interrogantes son parte de la tarea que debemos asumir estudiantes y docentes de las universidades públicas, aceptando que no contaremos con sentencias únicas y concluyentes; pero implicándonos en el debate sobre las causas profundas de la pandemia.

Una crisis, además de una intensificación de disputas, de develar las causas y conexiones que se ocultaban celosamente, implica una experiencia profunda de la cual resulta difícil desentenderse. La frase “yo mejor de crisis no hablo porque no entiendo nada” es altamente improbable. Por eso, resultan momentos tan complejos como propicios para la reflexión. Algunas experiencias profundas, colectivas, incómodas, poseen algo de estas tres cualidades. Cuando hablamos de universidad *en movimiento* estamos pensando, justamente, en una universidad que enseña, aprende y construye conocimiento entreverada en las profundas experiencias de resistencia del pueblo.

Como parte de este proceso, sumamos la experiencia que gestamos en la visita a la zona del Chaco salteño y las provincias de Santiago del Estero y Jujuy junto a la Organización de Pueblos Indígenas del Noroeste Argentino (OPINOA), ambas durante este último verano, antes del inicio de la crisis sanitaria. El resultado de ese encuentro con comunidades originarias no constituyó ningún nuevo descubrimiento, pero sí confirmó una certidumbre, la que habíamos presumido como verdad insoslayable, por medio de un conjunto de enunciados: la falta de acceso al agua potable, el hambre y la miseria de comunidades originarias y pueblos indígenas es parte del modelo productivista sustentado en la agricultura de exportación, que fumiga con pesticidas poblaciones enteras y envenena los cursos de agua, y los proyectos mineros de empresas multinacionales que dilapidan enormes volúmenes del líquido elemento para la producción de litio. No obstante, ese viaje destituyó para nosotros y nosotras, habitantes urbanos de la universidad pública, la diferencia esencial entre la realidad hablada, narrada, sumariada por medio de palabras, discursos, informes, y una realidad sensible vivida por el experimento corporal. Sobre ella Atahualpa Yupanqui hubiera dicho: “Dios por aquí no pasó”. Así lo sufren y resisten esos pueblos una y otra vez, y como mejor entienden este proceso es con el nombre de “recolonización” de sus territorios en las provincias del norte argentino. Es *el ser para estar* de la racionalidad económica del *colonialismo* que Rodolfo Kusch (2008) confronta al *estar-siendo* de comunidades ancestrales abrumadas por no poder “sembrar repartiendo” en una agricultura comunitaria, exoneradas del agua como elemento esencial para la vida, expropiadas de hecho y de derecho del suelo que hasta hace algunas décadas les garantizaban la reproducción de sus vidas.

La privación de acceso al agua potable, más que como un problema de obra pública, se revelaba como una forma de exterminio, evidenciaba el desquicio de la concentración y el desprecio de las elites por los desheredados con muchísima nitidez, tanta como meses después —en plena crisis de la pandemia— la muerte de Ramona Medina exhibía en la Villa Padre Carlos Mujica de la ciudad de Buenos Aires. Pues, la falta de agua potable en las comarcas indígenas y campesinas de vastas regiones argentinas sólo es explicable por su derivación hacia proyectos productivistas que han resuelto que su rentabilidad empresarial hará cargar a los pueblos todos los costos necesarios. Pero es necesario reestablecer las conexiones que no siempre son evidentes, desde el momento en que el bienestar y la felicidad de acceder a los dispositivos tecnológicos de última generación en centros urbanos, subsumidos en *servidumbres voluntarias* de todo calibre, suponen la destrucción y el dolor en territorios ancestrales. El uno y el otro lado de la línea, como piensa a la modernidad occidental Boaventura de Sousa Santos (2014), está unido por una multiplicidad de relaciones aunque muchas veces invisibles: en un extremo la celebración por cada “adelanto” de la producción tecnológica, el festejo por cada conquista del desarrollo científico; en el otro, el sufrimiento de comunidades enteras por la explotación de los “recursos naturales”, el dolor por la extracción de las energías de la Tierra para su exclusivo uso antropológico. Los juegos de la ciudad colonizada, subordinada a las afirmaciones científicas, a las ideas “eurocéntricas” en economía y sociología penetradas en los cuerpos, configura la continuidad por otros medios de la guerra trágica en territorios ancestrales. La restitución de las condiciones materiales de existencia en el análisis del presente nos conduce a cuestionar a una ciencia occidental cuya principal epistemología se cimienta en los postulados de la economía política: conocer para la acumulación indefinida, conocer para una tasa de ganancia excedentaria, conocer bajo el axioma del cuantitativismo algebraico. Los pueblos wichí, tonokoté, ocloya, omaguaca, guaraní y otros son cuerpos múltiples que guardan la reserva sensible que viene desde el fondo de la historia colonial para hablar con *lo inactual*, con los restos y retazos de todo lo vivido en la duración de cinco siglos, sobre la actualidad del presente que se afirma como negación de un modo de existencia y un modelo económico amparados en la cuantificación, la acumulación y el productivismo, que ve en cada viviente terrestre el ser-recurso con destino de explotación y expoliación infinitas.

Sin embargo, la propagación del SARS-CoV2 en la forma de una pandemia global constituye un fenómeno de videncia que hizo ver, también, el problema del acceso al agua potable, pero como una experiencia generalizada en la geografía popular en esta comarca del sur del mundo. Pero no sólo eso, pues la epidemia de coronavirus —bajo la sentenciencia benjaminiana— centellea sobre la oscuridad del presente, como iluminación fulgurante en este instante de peligro. Es que el sistema que produce desigualdades cada vez más aberrantes, la mundialización conducida por el capitalismo neoliberal, es el mismo que ha producido un nuevo régimen, el “cambio climático”, entendiendo por “clima” lo que Bruno Latour (2018) define como la relación de los humanos con sus condiciones materiales de existencia. La epidemia de carácter global pone en crisis todas las categorías cartesianas para interpretar la realidad, es decir, las distinciones analíticas convertidas en separaciones ontológicas: el modo de ver y hablar sobre los humanos separados de “la naturaleza”, el “medio ambiente” y la Tierra está puesta en cuestión. La restitución de la materialidad en el análisis de las cosas humanas nos conduce a renunciar a los diagnósticos unilaterales de las autodenominadas “ciencias del hombre”, para dejar paso a la conexión entre las ciencias, el despliegue de *lo interdisciplinario* como condición de posibilidad de una articulación más amplia con los movimientos sociales, para que podamos elaborar la teoría del problema de la epidemia global en el campo de las relaciones simbólicas que la constituye. Una teoría de ese tipo debería partir de algunas preguntas que, en virtud de esta experiencia inédita, son insoslayables. ¿Por qué unos virus consustanciales a la vida terrestre se transformaron en una enfermedad pandémica? En otras palabras, ¿cuál es la genética del SARS-CoV2? El discurso del “sentido común” de la comunicación y la información no se formula estas preguntas, pues entiende a la epidemia como un fenómeno de “la naturaleza” frente al cual nada puede decirse. Así se presenta la enfermedad como enteramente hecha, expulsando los interrogantes al plano de los efectos y consecuencias de la pandemia y la pretensión de que las soluciones que acabarán con el problema tendrán la forma de vacuna, puestas en las manos de los laboratorios del capitalismo global.

Esos debates hoy adquieren diversas formas y se libran en escenarios diversos. Pero para recuperar los aportes del pensamiento emancipatorio, de los científicos, afirmamos, como parte de quienes hace años venimos comprometidos desde la extensión universitaria, la necesidad de fundir la experiencia de resistencia y lucha de las organizaciones libres del pueblo con la construcción de saberes al servicio de la liberación nacional y social.

Como dijera Oscar Varsavsky, “la misión del científico rebelde es estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia los problemas del cambio social, en todas sus etapas y en todos los aspectos teóricos y prácticos”; pues si hay algo que esta pandemia viene a poner en evidencia es la urgencia de cambios profundos en los modos de organización de la producción, la organización demográfica, la distribución de la riqueza, los modos de consumo. Pero además, desde la extensión universitaria venimos sosteniendo que esta tarea es imposible hacerla puertas adentro de las universidades; muchas de las respuestas se encuentran más allá de los muros del sistema universitario y científico. Por eso, recuperar, profundizar y sistematizar los saberes populares, aquellos que se manifiestan y se construyen en las actividades comunitarias, de solidaridad y atendiendo la emergencia, sigue constituyendo la potencialidad de “comenzar por la extensión”, como sostiene Renato Dagnino.

La mayor tensión con un proyecto civilizatorio que incuba pandemias, desigualdad y muerte está —diríamos término de Rodolfo Kusch— entre el “hedor” de América, entre todo aquello que es olvidado, marginado, castigado y excluido; entre las experiencias de resistencia y reproducción de la vida, entre quienes sólo se les ofrece sometimiento, padecimiento y muerte. Quienes venimos concibiendo a la extensión universitaria como un articulador político-territorial que internaliza las agendas de los movimientos

emancipatorios para permear la investigación y la docencia, procurando superar la lógica de la mera transferencia y pensando teórica, política y estratégicamente la vinculación y el trabajo en el territorio (Garaño, Harguinteguy; 2019: 150) no entendemos de forma disociada, por un lado, las diversas intervenciones que nuestras universidades comienzan a multiplicar en la atención de la emergencia junto a organizaciones sociales, fábricas recuperadas, ollas populares, clubes de barrio y, por el otro, la construcción de saberes capaces de aventurar nuevos horizontes. Puesto que es justamente allí, en el barro de la contingencia, sin desarraigarnos de la crisis, sin ponernos a salvo de la incertidumbre que debemos enseñar, pensar, investigar, intervenir, participar. No porque nos limitemos a pensar el sur, sino porque pensamos desde el sur pero sin “otra universalidad que esta condición de estar caído[s] en el suelo” (Kusch, 2000: 99). Y es ahí, en esa condición de “caídos” en el suelo, donde reside la potencia de la extensión universitaria, la hija bastarda de la universidad. Condición sobre la que ha edificado un roce con el trabajo en territorio y la construcción de confianzas políticas entre los movimientos populares, ambas condiciones insustituibles para agrietar la tradición monologuista de la universidad, enlazándose a las experiencias de resistencia donde se amasan relaciones, saberes, rebeldías, horizontes capaces de abrir fisuras en aquello que llamamos “normalidad”.

Está claro que no podemos ni queremos regresar a lo que algunos han denominado “normalidad”; sin embargo, no tenemos certezas respecto de cómo será el mundo pos-pandemia. Sospechamos que el distanciamiento, el tapaboca y el lavarse de manos no son suficientes. Estamos convencidos de que nuestra salud y la del planeta requiere de una nueva forma de concebir el mundo. Si, como sostiene Guillermo Cieza, la historia nos enseña que “las cocinas son un espacio más adecuado para las conspiraciones populares que los pasillos universitarios”, tenemos derecho a sospechar que los saberes que allí se vienen amasando se han adelantado incluso varios años a la situación que hoy atravesamos. Por eso, son más eficaces y dúctiles para manejarse en este momento que los Estados, y hace décadas se vienen organizando en función de todo aquello que hoy denominamos esencial: la producción de alimentos, las actividades de cuidados, la recolección y el reciclado de residuos o la agricultura agroecológica, los modos distintos de construir comunidad. Todo aquello que sostenemos requiere una profunda revisión —pues el mundo atraviesa cambios profundos y vertiginosos—, pero si hay algo sobre lo cual debemos seguir insistiendo es en lo estratégico de la alianza de las universidades públicas y los movimientos populares.

Bibliografía

- » Chuang (2020). *Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China*. Rosario, Lazo Negro.
- » Garaño, I. y Harguintegui, F. (2019). Universidad en movimiento: territorio, territorialización y praxis. Elsegood, L. y Petz, I. (comps.), *Universidad en movimiento. Curricularizar la extensión*. Buenos Aires, UNDAV.
- » Kusch, R. (2000). *Obras completas*, tomo III. Rosario, Fundación Ross.
- » ____ (2008). *La negación en el pensamiento popular*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
- » Latour, B. (2018). *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*. Barcelona, Taurus.
- » Sousa Santos, B. (2014). Más allá del pensamiento abismal de las líneas globales a una ecología de saberes. Santos y Meneses, M. (eds.), *Epistemologías del sur (perspectivas)*. Madrid, Akal.

Los autores

Ariel Weinman

Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Jefe de trabajos prácticos en la materia Trabajo social comunitario III, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Avellaneda. Dicha asignatura integra la extensión universitaria a los trayectos curriculares de todas las carreras de la UNDAV. Integrante del grupo fundador de Radio Gráfica FM 89.3 y de la actual dirección de la emisora.

Facundo Harguinteguy

Profesor en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Profesor Adjunto de la materia Trabajo social comunitario de la Universidad Nacional de Avellaneda. En dicha institución coordina el Programa de organización popular, memoria colectiva y derechos humanos y es co-director del Programa transversal de curricularización de la Secretaría de Extensión. Dirige el equipo Economía popular en movimiento y diversos proyectos vinculados a procesos económicos populares y organizaciones sociales.